

PENÍNSULA ATALAYA



Jordi Canal

Con permiso de Kafka

El proceso independentista en Cataluña

Jordi Canal
Con permiso de Kafka

El proceso independentista en Cataluña

ediciones península

© Jordi Canal Morell, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2018

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
C.P.I. - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 2.796 - 2018
ISBN: 978-84-9942-689-1

ÍNDICE

Prólogo	II
---------	----

PRIMERA PARTE TIEMPOS DE NACIONALISMO

1. Los orígenes del nacionalismo catalán	41
2. Tres momentos	67
3. Construir Cataluña	103

SEGUNDA PARTE ANATOMÍA DEL *PROCÉS*

4. Abrir la caja de Pandora	133
5. Viaje a ninguna parte	161
6. Ocho segundos y 155 razones	201

TERCERA PARTE HISTORIAS, SÍMBOLOS Y COLORES DE LA PATRIA

7. El relato nacional-nacionalista del pasado	259
8. Cuatro palos de sangre	297
9. Los colores de la independencia	307

CON PERMISO DE KAFKA

10. Danzas, castillos, himnos nacionales	341
11. La Diada	359
EPÍLOGO. El proceso en su laberinto: cinco brevísimas notas	375
Bibliografía	385
Índice onomástico	391

LOS ORÍGENES DEL NACIONALISMO CATALÁN

El nacionalismo catalán ha definido, desde sus orígenes a finales del siglo XIX, a Cataluña como una nación y a España como un Estado, pero no una nación. Lo natural frente a lo artificial. A cada nación, un Estado, apuntaba Enric Prat de la Riba en *La nacionalitat catalana* (1906), su obra teórica fundamental y una de las referencias esenciales del catalanismo. Para este autor, «la aspiración de un pueblo a tener política propia, a tener un Estado suyo, es la fórmula política del nacionalismo». En las conclusiones del libro, Prat de la Riba insistía en la cuestión en los términos siguientes: «Consecuencia de toda la doctrina aquí expuesta es la reivindicación de un Estado catalán, en unión federativa con los Estados de las otras nacionalidades de España. Del hecho de la nacionalidad catalana nace el derecho a la constitución de un Estado propio, de un Estado catalán».

Aspira el nacionalismo catalán a hacer coincidir, hoy, mañana o algún día, la nación con el Estado, esto es, a convertir Cataluña en Estado. Este deseo se ha mantenido hasta la actualidad, a principios del siglo XXI, en el que la opción abiertamente independentista ha tenido un espectacular crecimiento.

Incluso en la etapa autonomista inaugurada en 1980, con los Gobiernos de Jordi Pujol, el Estado propio y la independencia formaban parte también del horizonte nacionalista, aunque en aquella coyuntura se reclamara a algunos de sus partidarios, como ha señalado con acierto Francesc de Carreras, paciencia. El autonomismo no fue nunca incompatible con el sueño de la independencia.

Las evoluciones catalanistas hacia posiciones soberanistas o secesionistas no deberían, por tanto, sorprendernos. No existen límites, una ausencia que permite a los nacionalistas, precisamente, estar en permanente agitación y regeneración. El nacionalismo se mueve como pez en el agua en los momentos o coyunturas de crisis, como ponen de relieve tanto el proceso independentista en Cataluña, a principios del siglo XXI, como, algo más de cien años antes, a finales del siglo XIX, su surgimiento en tierras catalanas.

Aunque en ocasiones, sobre todo desde el propio campo nacionalista, se usen como sinónimos o como estratos de una escalera evolutiva términos como catalanidad, catalanismo, regionalismo catalán, nacionalismo catalán o separatismo e independentismo, ni significan estrictamente lo mismo, ni tampoco existen entre ellos continuidades o saltos inexorables. Mientras que la catalanidad está situada en el amplio campo de los sentimientos, el catalanismo puede dividirse en literario, cultural y político e integrar a todos los demás, pero no a la inversa. Entre regionalismo y nacionalismo catalán la diferencia es nítida, especialmente si aplicamos los términos más arriba expuestos por Prat de la Riba. El separatismo y el independentismo son nacionalistas, pero lo contrario no necesariamente resulta siempre cierto. Las distintas caras del nacionalismo catalán en la España contemporánea, de ayer a hoy, se encuentran en íntima relación con cada coyuntura histórica.

FIN-DE-SIGLO

A finales del siglo XIX surgieron en España los denominados nacionalismos alternativos, subestatales o periféricos: el catalán, el vasco y el gallego. El primero iba a ser el que más rápidamente se consolidara. De un triple patriotismo —nacional, regional o provincial, local—, estructurado como si se tratase de capas de cebolla y vivido con una normalidad que acaso pueda parecer sorprendente vista desde hoy, se pasó a un patriotismo identificado con una nación, que era Cataluña, mientras que lo local era un complemento y España se convertía simplemente en el Estado, artificial y, a corto o largo plazo, prescindible.

Para comprender la génesis del nacionalismo catalán —y el proceso consiguiente de construcción de una entidad nacional— se han invocado, a veces, razones más o menos naturales o inexorables. Desde posiciones contrarias, las referencias a la simple invención no han faltado. No existen, sin embargo, ni explicaciones ni fórmulas únicas. Los procesos históricos siempre son complejos. En otros trabajos he propuesto que, a fin de entender su eclosión —el modelo es, sin duda, aplicable a los demás nacionalismos subestatales hispánicos, en especial el vasco—, debemos tener en cuenta cuatro conjuntos de elementos pertenecientes a campos diferentes: una coyuntura favorable, un descontento manifiesto en relación con los proyectos de construcción del Estado-nación español, un grupo de personas disponibles y dispuestas para dotar de fuerza y dirigir el proceso y, por último, sin que el orden tenga una especial significación, la existencia de tradiciones, conciencias, realidades, experiencias y signos de identidad más o menos antiguos.

Las crisis de finales del siglo XIX propiciaron en Cataluña, en concreto, la existencia de una coyuntura de este tipo. La Cataluña fin-de-siglo vivió momentos complicados. Y no so-

lamente como consecuencia de lo que se ha venido en llamar el Noventa y ocho, la crisis del 98 o, asimismo, el «Desastre». España tuvo que enfrentarse, al igual que otras naciones de la Europa latina —últimátum inglés a Portugal (1890), derrota italiana en Adua (1896), incidente de Fashoda (1898)—, a sus contradicciones y a sus fantasmas. La tensión entre imperio y nación resulta aquí palpable.

La Restauración (1875-1923) puede ser caracterizada como un régimen monárquico y de orden, liberal aunque no totalmente democrático, algo hartado habitual en la Europa occidental en la segunda mitad del Ochocientos. Iba a durar casi medio siglo, hasta el golpe militar del general Miguel Primo de Rivera, en septiembre de 1923, que abría las puertas de una dictadura autoritaria. El Estado-nación español se consolidó en aquel medio siglo definitivamente, en su versión liberal, viviéndose una larga etapa de estabilidad y paz que, aunque en algunos momentos pudiera parecer frágil —más amenazada, en todo caso, en lo social que en lo propiamente político—, resultó a todas luces excepcional en España. Como en el caso de la Tercera República en Francia, los gobiernos postunitarios en Italia o, años antes, la *Regeneração* de 1851 en Portugal, el régimen de la Restauración logró clausurar en España el largo periodo de enfrentamientos, revueltas y luchas civiles que presidió la conformación del Estado-nación liberal contemporáneo.

El pronunciamiento del general Arsenio Martínez Campos, a fines de diciembre de 1874, puso término al Sexenio Democrático (1868-1874) y permitió el restablecimiento de la monarquía. Alfonso XII, hijo de Isabel II, fue proclamado rey. Desembarcó en Barcelona el 9 de enero de 1875. El hombre fuerte del momento era Antonio Cánovas del Castillo. Los nuevos gobernantes dedicaron desde el primer momento innumerables esfuerzos a dar fin a dos dinámicas sobrepuestas: la coyuntura

democrática y revolucionaria abierta en septiembre de 1868, que hizo posible una amplia movilización popular y un intenso desarrollo de experiencias republicanas —la Primera República, en lugar privilegiado—, cantonalistas e internacionalistas, vividas con no disimulado temor desde algunos sectores de la sociedad, y, en segundo lugar, el largo ciclo de violencias políticas iniciado en 1808, que puede ser caracterizado como una larga Guerra Civil, con las carlistadas como núcleo esencial.

La clave principal del éxito canovista, como bien han mostrado José Varela Ortega y Carlos Dardé, no fue otra que la imposición de la política y de la ley sobre la violencia. Los principios del cambio se plasmaron en una nueva Constitución, aprobada por las Cortes en 1876. A fin de asegurar la estabilidad política resultaba indispensable regular el acceso al poder de las principales facciones liberales. El pacto de alternancia, concretado en el llamado turno pacífico, se fundamentaba en el acuerdo, la tolerancia y la aceptación del adversario. La conformación de los partidos dinásticos tuvo lugar en el primer decenio de la Restauración: mientras que el Partido Conservador se organizó alrededor de la figura carismática de Cánovas, Práxedes Mateo-Sagasta, basándose en el mismo modelo, aunó en el Partido Liberal-fusionista a los distintos grupos que se reconocían como liberales y aspiraban a una progresiva introducción de reformas. Era el propio ejercicio del poder, sostenido en la confianza en la autoridad moderadora de la institución monárquica, lo que les otorgaba cohesión y acuerdo. El caciquismo, las redes clientelares y la manipulación electoral anclaban el poder. La plena consolidación del sistema de la Restauración facilitó las aperturas y la ampliación de las libertades, desde la Ley de Asociaciones (1887) hasta el sufragio universal masculino (1890).

En los años postreros del siglo XIX y en los dos o tres primeros del siglo XX se vivieron situaciones complicadas. Esta

crisis del régimen de la Restauración resultó mucho más grave que la de 1885, pero bastante menos que la que iba a preceder —y provocar, está claro— el golpe militar de 1923. El fallecimiento de Alfonso XII en noviembre de 1885, sin descendencia pero con la reina encinta, había desencadenado una minicrisis que, contra lo que pudo pensarse en algún momento, acabó reforzando el régimen liberal. El fantasma de la posible falta de descendencia masculina y de nuevas querellas dinásticas, con la última guerra carlista en un recuerdo todavía nada lejano, infundió temores e incertidumbre. Y, al mismo tiempo, creó lógicas expectativas entre las oposiciones excluidas del sistema —carlistas y republicanos—, que se agitaron en los meses que transcurrieron hasta el nacimiento póstumo del futuro Alfonso XIII, en mayo de 1886.

El feliz alumbramiento, junto con los apoyos de sectores militares y eclesiásticos, además de los recibidos de las potencias europeas, dificultó todo movimiento amenazador. El acuerdo entre conservadores y liberales —lo que por aquel entonces algunos denominaron Pacto de El Pardo—, con la cesión de Cánovas a Sagasta de su lugar al frente del Gobierno de España, mostró la solidez de las bases del sistema. La regencia de María Cristina de Austria (1885-1902) tardó poco en asentarse.

En la fase finisecular se pusieron en evidencia, en cualquier caso, varios problemas y disfunciones del sistema político. Primero: la fuerte presión de las oposiciones y la modernización de la forma-partido, así como el crecimiento de las movilizaciones y el desarrollo del espacio público. La política española se convirtió, a fin de cuentas, en mucho más compleja y plural en la década postrera del siglo XIX. La proliferación de círculos y de otras formas de sociabilidad política, desde los centros catalanistas y los *batzokis* nacionalistas vascos hasta los círculos carlistas y republicanos, pasando por las casas del pueblo repu-

blicanas y socialistas y los ateneos anarquistas, así como también la importancia otorgada a la propaganda, los mítines y la movilización popular, se encuentran en la base de un proceso de modernización política que iba a mostrar con claridad todas sus posibilidades a inicios del siglo xx. Como ocurrió de manera paralela en países más o menos vecinos como Italia, esta modernización, que significaba asimismo avances en el proceso de politización y en la ciudadanía, procedió, como no podía ser de otra manera, de los partidos alternativos al turno dinástico. La prensa política vivió una etapa floreciente.

Segundo: la multiplicación de asociaciones y partidos regionalistas y nacionalistas. Catalanistas y vasquistas reclamaron un lugar en el escenario político restauracionista. La Lliga Regionalista, como veremos más adelante, y el Partido Nacionalista Vasco de los hermanos Sabino y Luis Arana ocuparon un espacio central en sus respectivos territorios.

Tercero: la desaparición de la generación de políticos que había protagonizado el Sexenio Democrático y la primera parte de la Restauración, entre los que sobresalían en Cataluña, sin distinción de ideologías y opciones partidistas, Francisco Pi y Margall (1901), Víctor Balaguer (1901), Juan Mañé y Flaquer (1901), Luis María de Llauder (1902) o Valentí Almirall (1904). Los dos grandes pilares de la Restauración española también fallecieron por aquel entonces: Antonio Cánovas del Castillo, asesinado por un anarquista italiano en 1897, y Práxedes Mateo-Sagasta, que murió en 1903.

Nuevos líderes jóvenes entraron en escena en unos momentos en los que el cuestionamiento de la fórmula turnista no era un tema menor y con una fractura creciente, para expresarlo en palabras de la época, entre el país real y el país legal. El sistema restaurador necesitaba, en la España de entre siglos, pequeñas y a veces no tan pequeñas modificaciones, así como voluntad por parte de sus dirigentes de adaptarse a los cambios y las

novedades. Buena parte de ello se hizo realidad, permitiendo que la regencia de María Cristina de Austria dejase paso, sin mayores problemas, al reinado de Alfonso XIII (1902-1931).

La guerra de Cuba (1895-1898) tuvo como consecuencia grandes pérdidas materiales y humanas: unos 11.000 militares muertos en 1896, y más de 12.000 en 1897. La mayoría de las bajas no tenía nada que ver con los combates, sino con las enfermedades y las condiciones de vida sobre el terreno de soldados y civiles. Cuba fue uno de los pocos territorios ultramarinos que conservó España tras el proceso de las guerras de independencia del primer cuarto del siglo XIX. Los Gobiernos españoles hicieron todo lo posible, a lo largo de la centuria, para mantener esta preciada posesión, tanto a nivel estratégico como, sobre todo, económico, frente a los movimientos internos y a la presión de nuevas potencias emergentes, como la vecina Estados Unidos.

Antes de la llamada guerra de Cuba, de finales de la centuria, hubo otros conflictos importantes en la isla. Destacó, entre ellos, la guerra de los Diez Años, que estalló en 1868 y no cesó hasta la firma del Tratado de Paz de Zanjón, en 1878. Martínez Campos desembarcó en La Habana en noviembre de 1876 con refuerzos militares, financiados gracias a un empréstito realizado por un grupo de capitalistas encabezado por el naviero Antonio López. Los intereses antillanos pesaron fuertemente en las tramas conspirativas que habían permitido instaurar la Restauración. El proyecto recibió el apoyo de industriales y comerciantes catalanes, interesados en mantener el orden, evitar cambios en Cuba y despejar toda tentación librecambista. Comoquiera que sea, la pacificación de 1878 fue precaria —verbigracia, los episodios de la guerra Chiquita— y, como los hechos iban a demostrar pocos lustros después, temporal.

Entre 1895 y 1898 tuvo lugar una dura guerra entre las fuerzas españolas y los insurrectos cubanos, apoyados fuerte-

mente por Estados Unidos —la doctrina Monroe y el imperialismo no eran ajenos a ello—, que en 1898 decidieron intervenir directamente. El presidente de este país, William McKinley, apoyándose en la explosión del barco de guerra estadounidense *Maine* en la bahía de La Habana —un hecho más que dudoso, al que la prensa norteamericana otorgó una extraordinaria trascendencia—, en febrero de 1898, declaró la guerra a España. La contienda hispano-norteamericana en Cuba, en 1898, fue corta y terminó en el mes de julio con la humillante derrota, en Santiago de Cuba, de la flota española, comandada por el almirante Pascual Cervera. Las negociaciones entre Estados Unidos y España empezaron de inmediato, con la mediación del embajador francés en Washington, Jules Cambon. El Tratado de París, firmado en diciembre de 1898, puso término al conflicto.

Las Filipinas no tenían para España, que las controlaba desde el siglo XVI, una importancia comparable a la de Cuba. De hecho, la propia presencia española en un archipiélago que contaba con algo más de 7.000 islas, con capital en la ciudad de Manila, era limitada. La piratería fue asimismo un problema recurrente. Las órdenes religiosas constituían, junto con los militares, una de las principales presencias coloniales hispánicas. Su situación estratégica para el acceso a los mercados asiáticos y el negocio del tabaco habían revalorizado aquellos territorios en el siglo XIX. Estados Unidos aprovechó, como en el caso de Cuba y Puerto Rico, los movimientos independentistas de la última década del siglo XIX contra la metrópolis para intervenir y hacerse finalmente con el control de las Filipinas.

España se vio en la obligación de abandonar en 1898, por tanto, sus últimas colonias: Cuba y Puerto Rico en las Antillas, y las Filipinas en el Pacífico. Como escribió José María Jover, en el siglo XIX estas posesiones eran los restos de un gran imperio mundial en manos de una pequeña potencia. La pérdida de las colonias y el final de este imperio se produjo, paradójicamen-

te, en plena época del imperialismo. España se convirtió, a fin de cuentas, en una potencia marginal. Las pequeñas aventuras en el norte de África, ya en el siglo xx, no introdujeron cambios en esta situación.

Entre los efectos de la crisis colonial destacan, además, una sensación de humillación en el Ejército, que atizó en el inicio de la centuria los conflictos entre militaristas y antimilitaristas, y la desaparición de un mercado privilegiado para los comerciantes e industriales catalanes. Esta última cuestión tuvo efectos económicos importantes en algunos sectores, aunque relativamente menores si los observamos con una perspectiva temporal más allá del corto plazo; pero, en cambio, provocó otros mayores en el terreno de la política nacional. Para el flamante nacionalismo catalán, el caso cubano puso de manifiesto que autonomía e independencia no eran necesariamente quimeras.

Los problemas económicos y sociales no faltaron en la coyuntura de entre siglos. Afectaron los primeros a la agricultura y, en menor medida, a la industria. Tras una etapa de euforia en las décadas de 1870 y 1880, motivada por el auge de las exportaciones vitícolas —la filoxera estaba entonces afectando a los viñedos franceses—, llegó la ruina. El insecto de marras, que no entendía de fronteras, cruzó los Pirineos y se cebó en la viña catalana. La producción cayó en picado. No toda la extensión anterior iba a ser replantada en las décadas siguientes, ni mucho menos. Nació en aquel entonces el problema rabasaire. La pérdida de las colonias afectó también a las exportaciones. A las dificultades del sector del vino se juntaron los efectos de la crisis mundial de sobreproducción, que provocó la bajada del precio del cereal.

La crisis financiera de 1882, cierre de la llamada fiebre de oro —Narcís Oller iba a dedicar una novela a este tema, *La febre d'or* (1890-1892)—, que había provocado un enorme afán especulativo y el florecimiento de muchas entidades bancarias

efímeras, no ayudó en esta coyuntura. La depreciación de la peseta, en cambio, ocasionó un incremento de las transferencias de los catalanes desde el exterior, puesto que los emigrados en América eran muy numerosos. La debacle colonial generó, de igual modo, una repatriación de capitales, invertidos parcialmente en la creación de nuevas empresas o utilizados para renovar otras. El gran cambio de la industria catalana en la etapa de entre siglos consistió en un proceso de diversificación. El textil, que sí se vio afectado por la pérdida de mercados, siguió siendo el sector mayoritario, pero otros, como el químico, el eléctrico o el cementero, adquirieron un peso mayor.

Los conflictos sociales que más preocupación generaron en el final de siglo fueron los atentados anarquistas. Tras el protagonismo adquirido por la bakunista Federación Regional Española de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) durante el Sexenio Democrático, este movimiento fue sometido a una muy dura represión a partir de 1874-1875. Las principales acciones anarquistas en el Principado se produjeron entre 1893 y 1897. Afectaron, las más impactantes, a personajes clave de la Restauración, así como a lugares y actos emblemáticos de la burguesía o la Iglesia. En 1893, Paulino Pallás atentó en Barcelona contra el capitán general de Cataluña, Arsenio Martínez Campos, y dos bombas Orsini fueron lanzadas a la platea del Teatro del Liceo, provocando, aunque una no explotara, numerosas víctimas. Allí encontró la muerte, junto a su amante, la Mariona Rebull de la novela de Ignacio Agustí, convirtiendo en viudo a Rius. Un atentado contra la procesión de Corpus en la capital catalana en 1896 dejó, según algunas fuentes, una docena de cadáveres.

Barcelona, que creció de manera constante en el siglo XIX y superaba en 1900 el medio millón de habitantes —allí residía uno de cada cuatro catalanes— fue bautizada por aquel entonces como la ciudad de las bombas. A todas estas acciones les

siguieron numerosas reacciones represivas, dando lugar a una dinámica de acción-represión-acción cuyos efectos acabaron afectando a amplias capas del movimiento obrero. Destacó, en este sentido, el conocido como proceso de Montjuich, en 1896-1897, con más de cuatro centenares de detenidos, torturas, consejo de guerra y cinco ajusticiados. Después de un breve paréntesis, entre 1904 y 1909 se iba a entrar en una nueva fase de propaganda por la acción. Mientras tanto, el recurso a la huelga se extendió. Cataluña, sociedad industrial, sufría algunas de sus propias contradicciones.

El fin-de-siglo fue una época, igualmente, de notables interrogaciones intelectuales. La palabra «intelectual» empezó a utilizarse no únicamente como adjetivo, sino también como sustantivo. En Cataluña, el nacimiento de esta figura, a caballo entre lo cultural y lo político, debe ser puesto en relación tanto con las reacciones ante el Desastre de 1898 como, sobre todo, con las protestas provocadas por el proceso de Montjuich. A diferencia del intelectual noventayochista coetáneo, a la manera de Miguel de Unamuno o de Ramiro de Maeztu, los intelectuales en Cataluña tenían al catalanismo como punto de referencia. El regeneracionismo estuvo a la orden del día. El malestar resultaba evidente, aunque también el contraste entre la realidad y sus lecturas y representaciones.

Coincidió con el gran momento del modernismo en Cataluña, con literatos como Joan Maragall, Raimon Casellas, Pere Coromines, Prudenci Bertrana, Santiago Rusiñol o Víctor Català, seudónimo de Caterina Albert. Ramon Casas y el propio Rusiñol destacaron en la pintura, un ámbito en el que representó un importante papel la Sala Parés. En arquitectura y artes decorativas, el equivalente local del *art nouveau* o *modern style*, tuvieron gran relevancia Antonio Gaudí, Josep Puig i Cadafalch, Lluís Domènech i Montaner —creador del Palacio de la Música—, Enric Sagnier y Josep Maria Jujol.

Analizado en perspectiva, el denominado Desastre no fue, en puridad, ni una catástrofe ni una ruptura histórica mayor. La expresión España fin-de-siglo evoca una nación en pleno cuestionamiento e inmersa en un debate sobre sus propias contradicciones. Pero, a pesar de ello —y el historiador debe ser muy sensible a esta cuestión—, el fin de centuria fue vivido entonces como un desastre, como el Desastre por antonomasia de la historia patria. El dirigente conservador Francisco Silvela lo expresó, en el título de un texto periodístico, con dos simples palabras, pero que definían el aparente estado de prostración de España: «Sin pulso». Las metáforas médicas proliferaron por doquier: la nación estaba enferma, en decadencia o muerta —España tenía un problema, que no era otro que el «problema de España»— y la regeneración resultaba indispensable. Muchos médicos o curanderos se ofrecieron a tratar al cuerpo enfermo; cirujanos de hierro, en algún caso. Fueron, al fin y al cabo, los momentos estelares del regeneracionismo simbolizado por el aragonés Joaquín Costa.

Existe todavía un mito del 98: la pérdida de las colonias, el fin del imperio español, una suerte de hundimiento de una civilización. Sea como fuere, las cosas, como casi siempre ocurre en los procesos históricos, resultaron mucho más enmarañadas. Jacques Maurice y Carlos Serrano escribieron que «se temía una tempestad, algo así como Sedán y la Comuna juntos; fue poco más que una brisa». Así, pongamos por caso, los efectos económicos reales provocados por la crisis en el sector textil fueron menores que la alarma y la merma de confianza en la capacidad del Estado para defender sus intereses por parte de los grupos perjudicados. El imaginario del 98 ha condicionado, no obstante, todo el siglo XX, desde los regeneracionismos hasta el franquismo.

DE DEBILIDADES, ACTORES Y MATERIALES

Después de tratar algo detalladamente el primero de los cuatro conjuntos de elementos pertenecientes a campos diferentes que permiten, a mi entender, explicar el surgimiento del nacionalismo catalán, paso en este apartado a ocuparme de los otros tres.

El segundo conjunto de elementos evocado más arriba tiene que ver con el descontento manifiesto en relación con los proyectos de construcción del Estado-nación español a lo largo del siglo XIX. No se pueden entender los nacionalismos periféricos sin tener permanentemente en cuenta el nacionalismo estatal. De manera paralela a lo que ocurría en otros países europeos, como Francia o Italia, en España se asistió en el Ochocientos a un proceso de construcción nacional y a la voluntad de hacer españoles, de españolizar, es decir, de nacionalizar una comunidad política preexistente. Los resultados iban a condicionar la emergencia o no de proyectos alternativos. Los historiadores han debatido mucho en los últimos treinta años sobre el éxito o el fracaso del proceso de construcción nacional en la España del siglo XIX. La tesis de la debilidad ha sido recientemente impugnada o, como mínimo, matizada. Los problemas, sin embargo, resultan innegables.

Las hipótesis más influyentes en este terreno fueron presentadas por el historiador catalán Borja de Riquer en un texto en el que intentaba exponer las razones de la debilidad de este proceso y sus efectos sobre la génesis de los nacionalismos catalán y vasco. Estos no habrían destruido la unidad española, sostenía este autor en sus conclusiones, sino al revés; fueron el fracaso o la crisis de la penetración social del nacionalismo español los que permitieron el triunfo de los nacionalismos alternativos. Los argumentos que permitían defender esta posición eran los siguientes: las características específicas de la

revolución liberal española; la ineficacia de la acción unificada del Estado; el carácter nacional precario de la vida política —un país de centralismo oficial, pero de localismo real, como escribió acertadamente Juan Pablo Fusi—; los desequilibrios económicos regionales, sobre todo entre Cataluña y el País Vasco y el resto, y la débil homogeneidad social; un mensaje de integración nacional conservador y nostálgico; una acción insuficiente del Ejército y de la escuela en el proceso de nacionalización (los agentes estatales nacionalizadores por excelencia, junto con las comunicaciones, según Eugen Weber en su clásico libro *Peasants into Frenchmen* [De campesinos a franceses]), en la que el fracaso de la imposición del castellano como lengua única resulta un buen ejemplo; y, finalmente, la falta de prestigio de la monarquía y de los símbolos de la nueva nación, como la bandera o el himno.

El análisis de Riquer ha sido muy criticado en las dos últimas décadas, con razón, tanto por lo que se refiere al peligro del uso de modelos de «normalidad» —el representado por Francia, sobre todo— y lecturas obsoletas, como a la falta de tratamiento del trabajo de españolización de la propia sociedad civil, al margen del Estado, o la no insistencia en algunos puntos, como la ausencia de enemigos exteriores o el papel de la Iglesia y el catolicismo. Comoquiera que sea, las relaciones entre el proceso de construcción nacional español —sin la fuerza suficiente que garantizase su éxito, como mostró con brillantez, no exenta de polémica, José Álvarez Junco en *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX* (2001), o bien con el íntimo, errado e inmovilizador convencimiento de su natural solidez— y la génesis de los nacionalismos catalán o vasco a fines del siglo XIX resultan evidentes.

Luego están los actores, en el tercer lugar de nuestra lista explicativa. Esto es, personas disponibles y dispuestas a dotar de fuerza y dirigir el proceso, en especial intelectuales, polí-

ticos y profesionales. Autores como Ernest Gellner o Miroslav Hroch llamaron ya la atención hace muchos años sobre la importancia de las élites nacionalistas. En este sentido, el desarrollo en la segunda mitad de la centuria de importantes movimientos románticos (la *Renaixença* en especial), anticentralistas (el federalismo o el provincialismo) y regionalistas, desde el Centre Català a la Unió Catalanista, permitió la existencia de una nutrida cantera en el catalanismo. No se echa de ver, sin embargo, ninguna continuidad necesaria e inexorable entre estos movimientos y el nacionalismo. No todos los regionalismos y los anticentralismos ochocentistas acabaron convirtiéndose en España en nacionalismos, como pone de manifiesto el caso aragonés; incluso, en otro orden de cosas, los regionalismos, como en Valencia, pudieron ser excelentes vías de nacionalización española.

Detengámonos un momento, en este punto, en dos de los movimientos citados más arriba: la *Renaixença* y el regionalismo catalanista. Entre las décadas de 1830 y de 1880 se desarrolló el movimiento de la *Renaixença* (Renacimiento), que pretendía una parcial restauración del catalán como lengua literaria, así como recuperar la historia, el folclore y la cultura en general de este territorio. En aquel entonces, con el romanticismo como referente, se forjaron buena parte de los mitos catalanes. Tradicionalmente se ha considerado como punto de arranque el poema conocido como «Oda a la pàtria» (1833) —el título original es «La pàtria. Trobes»—, de Buenaventura Carlos Aribau, que este había escrito para festejar la onomástica de su patrón, el banquero Gaspar de Remisa.

Desde la segunda mitad del siglo XVIII se habían producido cambios muy destacados en los usos lingüísticos en Cataluña. Además de la introducción del castellano en los ámbitos oficiales y en la escuela, los grupos dirigentes lo adoptaron como lengua propia y nacional, signo de progreso, dejando el catalán como

idioma provincial, exclusivamente utilizado por los sectores populares y la baja literatura, como por ejemplo, los libros de piedad o algunas obras teatrales de tradición valldfogonesa. La opción era bien meditada, en cuanto vía de integración plena y global en la comunidad hispánica. En *La Inquisición sin máscara* (1811), el liberal mataronense Antonio Puigblanch escribía que resultaba indispensable que Cataluña «abandone el idioma provincial, si ha de estrecharse más y más bajo las nuevas instituciones con el resto de la nación, e igualarla en cultura». Y, acto seguido, remachaba: «Desengañémonos ya, y entendámonos que será siempre extranjero en su patria, y que por consiguiente quedará privado de una gran parte de la ilustración que proporciona la recíproca comunicación de las luces, el que no posea como nativa la lengua nacional». Hubo escasísimas resistencias a este proceso.

Inicialmente, la *Renaixença* constituyó un movimiento cultural inspirado por la burguesía catalana liberal-conservadora, adecuado a los cambios que se habían producido en el tránsito del viejo al nuevo régimen. El pasado medieval y las bellezas del paisaje regional eran, en las plumas en castellano y pluripatrióticas de Próspero y Antonio de Bofarull, Víctor Balaguer, Juan Cortada o Pablo Piferrer, un efectivo contrapunto para una sociedad industrial y conflictiva como la catalana, que tan acertadamente supo diagnosticar el pensador católico Jaime Balmes. La lengua catalana fue únicamente recuperada para la poesía culta, tanto por Joaquim Rubió i Ors, bajo el seudónimo de «Lo Gayter del Llobregat», como en los Juegos Florales, instaurados en 1859 y presentados como un acto restaurador de la fiesta medieval del *gay saber*. Estos se convirtieron en la fiesta por excelencia de la poesía y de la literatura en Cataluña. La lengua modelo no era, sin embargo, la que se hablaba normalmente en los pueblos y ciudades, sino la de los idealizados trovadores medievales.

El movimiento de la *Renaixença*, como ha mostrado Joan-Lluís Marfany en *Nacionalisme espanyol i catalanitat* (2017), no pretendió hacer renacer nada, y sus principales impulsores fueron los más entusiastas partidarios de la diglosia en Cataluña. El castellano fue lengua de ascenso social y de nación, mientras que el catalán se convertía, en palabras de Aribau, en «dialecto provincial». El nacionalismo español tuvo en Cataluña, en la primera mitad del siglo XIX, una de sus principales bases. Penetró en todos los sectores sociales. La burguesía catalana asumió un papel destacado en la construcción nacional española. La guerra de la Independencia (1808-1814) —aunque los nacionalistas catalanes quieran olvidar este episodio— fue, en este sentido, un momento fundacional. Esta burguesía, nacionalmente española y abocada a la industria, y sus intelectuales desarrollaron asimismo un regionalismo catalán, distinto del viejo patriotismo provincial de Antiguo Régimen. No había entre patria nacional y regional, a mediados de la centuria, incompatibilidad, sino complementariedad.

Antonio de Bofarull dio a la imprenta, en 1862, la primera novela histórica escrita en catalán, *L'orfaneta de Menargues*, ambientada en el Compromiso de Caspe. A partir de mediados de la década de 1860, el movimiento se amplió, con una extensión del uso del catalán, como muestran publicaciones como el *Calendari Català*, *Lo Gay Saber* o *La Renaixensa*. También se incorporaron sectores más populares e ideológicamente menos conservadores, con otro modelo lingüístico, representados en el teatro paródico y antifloralesco de Conrado Roure, Eduard Vidal Valenciano o Frederic Soler (Pitarra), y en revistas como *Un Tros de Paper* o *La Campana de Gràcia*. Catalanismo y *Renaixença* se dieron poco a poco la mano —Valentí Almirall representó en ello un papel decisivo—, siendo entonces bautizado y fijado el movimiento (Renacimiento versus una supuesta Decadencia) y retrotraído a la oda de marras de Buenaventura

Carlos Aribau, escrita en un año clave de la evolución política contemporánea.

El catalanismo tuvo, a su vez, un desarrollo importante en el último cuarto del siglo XIX. Valentí Almirall, tras apartarse del grupo federalista de Francisco Pi y Margall, fue el personaje más activo en este campo en los años ochenta: edición del *Diari Català* (1879), en lengua catalana y que iba a llegar a casi ocho centenares de números; organización del Primer Congreso Catalanista (1880), que reunió a unas 3.000 personas de tendencias bien distintas, y el Segundo Congreso Catalanista, dos años después; creación del Centre Català (1882), y publicación de *Lo Catalanisme* (1886). Àngel Duarte, en una pequeña aunque excelente biografía de este personaje, ha escrito que, en 1882, Almirall «sentaría, quizás sin quererlo del todo, las bases de la ideología nacionalista catalana». El núcleo de Vic, de Jaume Collell, Jacinto Verdaguer y los obispos Josep Morgades y Josep Torras i Bages —autor de *La tradició catalana* (1892)—, así como el de la escuela de Olot, profundamente católicos y tradicionalistas, mantuvieron claras distancias con las posiciones almirallianas, desconfiados del pasado laicista y republicano del autor de *Lo Catalanisme*.

Ni los forzados intentos de algunos historiadores por enlazar el catalanismo de la segunda mitad del siglo XIX con el supuesto austracismo persistente de la primera mitad de la centuria anterior, ya sea a través del carlismo, ya sea del liberalismo, ni tampoco la interpretación del carlismo y del federalismo como una suerte de precatalanismos o de precedentes del nacionalismo catalán, contribuyen en nada sustantivo a las explicaciones históricas. La polémica algo artificial entre Jordi Solé Tura y Josep Tèrmes sobre los orígenes burgueses o populares del catalanismo y el nacionalismo es ya de otra época y poco aporta. El nacionalismo impulsado inicialmente por la burguesía catalana no es contradictorio con la existencia de un

catalanismo popular. La búsqueda de precedentes y de evoluciones naturales y lógicas ha llegado, sin embargo, en algunos casos —pienso aquí en algunos maleducados textos de Agustí Colomines—, hasta límites tan obsesivos como estériles.

En cualquier caso, los sectores más conservadores del Centre Català, como Àngel Guimerà y el diario *La Renaixensa*, se escindieron de esta entidad para fundar, en 1887, la Lliga de Catalunya, a la que pronto se sumaron los jóvenes del Centre Escolar Catalanista (Enric Prat de la Riba, Narcís Verdaguer i Callís, Francesc Cambó, Lluís Duran i Ventosa). En 1891 nació la Unió Catalanista. Esta federación celebró varias asambleas en distintos puntos de Cataluña (Manresa, Reus, Balaguer, Olot). En la reunión de 1892 se dieron a conocer las llamadas Bases de Manresa —*Bases per a la Constitució Regional Catalana*—, una suerte de proyecto de constitución catalana.

Enric Prat de la Riba y Pere Muntanyola redactaron en 1894 un panfleto a modo de catecismo, bastante influyente, titulado *Compendi de la Doctrina Catalanista*. Distinguían ya claramente entre el Estado —como «entidad política, artificial, voluntaria»— y la patria, en su caso Cataluña, que era una «comunidad histórica, natural, necesaria». Mientras que el Estado era obra de los hombres, la patria, en cambio, era «fruto de las leyes a las que Dios ha sujetado la vida de las generaciones humanas». En este catecismo, que provocó gran escándalo, el Estado español era definido como enemigo de Cataluña.

A partir de mediados de la década, el referente principal del catalanismo pasó a ser el abogado Prat de la Riba, director desde 1899 de *La Veu de Catalunya*. Muchas de las personas citadas supra se reencontraron en 1901 en la Lliga Regionalista, el primer partido de masas nacionalista, dirigido por Prat de la Riba y Cambó, junto con un buen número de burgueses descontentos con la ineficacia del Estado y de los partidos de la Restauración a la hora de defender sus intereses en aquella

agitada coyuntura finisecular. Prat de la Riba y los suyos llevaron a cabo, a lo largo de la última década del siglo, un intenso trabajo de propaganda catalanista y de entrismo en asociaciones y corporaciones, en especial en Barcelona.

Finalmente, en esta lista de cuatro factores debemos tener en cuenta la presencia de tradiciones, conciencias, realidades, experiencias y signos de identidad más o menos antiguos. Entre estos sobresalen la lengua, la cultura y la historia propias, las lealtades institucionales y las tradiciones jurídicas locales y regionales, la conciencia étnica y las identidades o, entre otros, las realidades socioeconómicas —la industrialización y el industrialismo, por ejemplo, que ponían de relieve, además de claras diferencias económicas y laborales con otros territorios hispánicos, elementos definatorios de «lo catalán»— y las experiencias históricas acumuladas. Aunque toda nación y todo nacionalismo sean una construcción, no resulta posible emprenderla, al fin y al cabo, sin bases ni materiales como los anteriores.

La convergencia de los cuatro conjuntos de elementos que acabamos de analizar y sus interrelaciones permiten explicar la eclosión del nacionalismo catalán —y de los demás nacionalismos que denominamos periféricos— en la España fin-de-siglo. Por separado, estos elementos nunca habrían dado lugar seguramente a dicho resultado. Una cultura o una lengua propias, pongamos por caso, pueden constituir piezas centrales, como en Cataluña, o secundarias, como en el País Vasco, en donde la raza fundamentó los primeros discursos nacionalistas, en una peculiar sublimación *a contrario* del casticismo español más intransigente, con atribuciones de pureza de sangre incluidas. Sea como fuere, cultura y lengua no resultan suficientes, sin más, para dar lugar a un nacionalismo, como muestran la región valenciana o las islas Baleares.

La cuestión racial no es un tema totalmente inexistente en tierras catalanas, como muestran las propuestas en la etapa de

entre siglos de Pompeyo Gener sobre las dos razas españolas —aria al norte y semítica-negroide en el resto— o los famosos cráneos distintos entre peninsulares del doctor Robert, que tanto sorprendieron a su colega Santiago Ramón y Cajal. En la década de 1930 también encontramos el racismo biológico sin casi eco de *La raza* (1930), del veterinario olotense Pere Màrtir Rossell, o el manifiesto «Para la conservación de la raza catalana», impulsado en 1934 por el economista-demógrafo Josep Anton Vandellós, muy preocupado por la combinación entre baja natalidad catalana y alta inmigración, y firmado por nacionalistas como Pompeu Fabra, el jurista Francesc de Paula Maspons i Anglasesell, el historiador Josep Calassanç Serra Ràfols o el etnólogo Josep Maria Batista i Roca, introductor del escultismo en Cataluña y fundador de Palestra (1930), una organización juvenil patriótica inspirada en los *boy scouts*.

Incluso el historiador y futuro dirigente de ERC, Oriol Junqueras, trató, en un artículo en el diario *Avui* en 1988, de las notables diferencias genéticas entre catalanes y españoles. Sin embargo, en el nacionalismo catalán, lo cultural siempre ha predominado sobre lo biologizante. Otra cosa es la formulación de una preponderancia cultural y política, fundamento de una idea clara de superioridad con respecto a los «otros» españoles. Este elemento, considerado cierto ayer, todavía resulta más evidente en el hoy procesual.

CONSTRUIR LA NACIÓN

Con la génesis de los nacionalismos periféricos, la España del siglo XX iba a ser muy diferente de la de la anterior centuria. La cuestión nacional y el conflicto entre estos nacionalismos y el Estado se convirtieron en problemas centrales, hasta hoy, de la realidad de España. Miguel de Unamuno escribía en 1897

que la unidad nacional española no era algo evidente. De la España del siglo XIX, enfrascada y enfrentada en edificar un Estado-nación, va a pasarse en el siglo XX a otro escenario muy distinto: nuevas naciones van a reclamar su puesto en España, nuevos procesos de nacionalización van a ser emprendidos, nuevas propuestas para pensar el Estado van a estar encima de la mesa. El nacionalismo es una construcción, y la nación, una construcción de los nacionalistas.

Abundan las personas que creen que las naciones han existido siempre y las que piensan que los orígenes nacionales de Cataluña deben buscarse en el Medievo. El obispo Josep Torras i Bages creía que la nación catalana fue creada por Dios. En *La tradició catalana*, de 1892, una suerte de réplica implícita a *Lo Catalanisme* de Almirall, afirmaba: «Cataluña la hizo Dios, no la han hecho los hombres; los hombres solo pueden deshacerla; si el espíritu de la patria vive, tendremos patria; si muere, morirá ella misma». Y en otro de los capítulos del libro, escribía:

La Iglesia es regionalista porque es eterna. Los organismos políticos, los Estados, se hacen y se deshacen según las circunstancias, incluso son constituidos en congresos diplomáticos, por lo que su duración es siempre limitada, y, al deshacerse, reaparecen las antiguas naciones, las unidades sociales naturales formadas, no en congresos, ni en dietas de hombres de Estado, sino en los eternos consejos de la Providencia divina.

Antes del siglo XX no existía, sin embargo, ninguna nación llamada Cataluña. Fueron los nacionalistas los que, a partir de finales de la década de 1890, se lanzaron al proyecto de construir una nación y de nacionalizar a los catalanes, esto es, de hacer catalanes plenamente conscientes de formar parte de una supuesta nación catalana. El proceso de nacionalización se hizo

contra la nación española y con formas no muy distintas a las aplicadas por los Estados-nación del siglo XIX, aunque el Estado, en este caso, solamente pudiera ser, por el momento, imaginado. Hacer catalanes plenamente conscientes de formar parte de una nación catalana significaba, en palabras del escritor, periodista y político Josep Pous i Pagès, «recatalanizar Cataluña». La tribu, como apuntaba Josep Pijoan, iba a devenir nación.

Fruto en buena medida de todo lo anterior, en 1901 tuvieron lugar cambios trascendentales en la política catalana: la fundación de la Lliga Regionalista, la formación que iba a convertirse en hegemónica hasta la Segunda República, y el triunfo en la capital, en las elecciones generales, de la que fue conocida como la candidatura de los cuatro presidentes. Tanto en los orígenes de la formación como en la idea de la candidatura se encontraban dos entidades que se habían formado un par de años antes: la Unió Regionalista y el Centre Nacional Català. Agrupaba la primera a un sector de la burguesía catalana descontento con la política estatal y decepcionado por la fracasada experiencia del Gobierno Silvela de marzo de 1899. Habían apoyado sobre todo al general Camilo García de Polavieja, ministro de la Guerra, que recogió sus inquietudes económicas y regionales. Francisco Silvela nombró ministro de Justicia a Manuel Duran i Bas y alcaldes de Barcelona, Reus y Tarragona, respectivamente, a Bartomeu Robert, Pau Font de Rubinat y Francesc Ixart; además, promovió a los obispos Josep Morgades y Josep Torras i Bages para ocupar las sedes de Barcelona y Vic.

Las cosas se torcieron con el enfrentamiento entre el ministro Raimundo Fernández Villaverde y los industriales, comerciantes y tenderos barceloneses, que se negaron a pagar las nuevas contribuciones, que habían aumentado significativamente para costear el déficit generado por el conflicto colonial y la guerra con Estados Unidos. La campaña de protesta empezó en mayo, coordinada por la Liga de Defensa Industrial

y Comercial. Robert renunció a la alcaldía. Este movimiento, que fue conocido como el «*tancament de caixes*» —el cierre de cajas—, terminó con la suspensión de garantías constitucionales y algunas detenciones. Los ministros Polavieja y Duran presentaron la dimisión en octubre. Los polaviejistas catalanes constituyeron la Unión Regionalista —las presiones la convirtieron muy pronto en Unió—, presidida por Lluís Ferrer-Vidal y en la que destacaban los Raventós, Rusiñol, Sallarés, Bertran i Musitu, Agulló, el doctor Robert o los hijos del banquero Girona.

El Centre Nacional Català, la segunda entidad citada, estaba formado por el sector posibilista, partidario de entrar en la liza electoral, que se separó al final del siglo de la Unió Catalanista. Destacaban, entre sus miembros, Enric Prat de la Riba, Francesc Cambó, Josep Puig i Cadafalch o Lluís Duran i Ventosa, hijos políticos casi todos de Narcís Verdaguer i Callís. Los representaba *La Veu de Catalunya*, convertida en diario —Prat de la Riba era el director y Raimon Casellas el redactor jefe—, frente a las posiciones unionistas de *La Renaixensa*. La generación del año 1901, como denominó Jaume Vicens Vives a aquella minoría movilizadora de la «gente de bien», tuvo un papel fundamental. Una generación, sostenía este historiador en *Notícia de Catalunya* (1954), «mucho más expresiva en sus inquietudes esenciales que la tan cacareada del 1898 en Castilla».

En la nueva formación se habían integrado algunos jóvenes abogados republicanos, miembros de la llamada peña del Ateneo Barcelonés —el *Ateneu*—, como Jaume Carner, Santiago Gubern, Joaquim Lluhí i Rissech o Ildefons Sunyol. La suma del núcleo política e intelectualmente sólido del Centre Nacional Català con los conservadores regeneracionistas de la Unió Regionalista, bien posicionados desde un punto de vista político y social, dio lugar, en 1901, a la Lliga Regionalista.

Para las elecciones generales del 19 de mayo de 1901, ambos grupos, ya fusionados en la Lliga, impulsaron en Barcelona la candidatura de los cuatro presidentes, formada por Albert Rusiñol, expresidente de Fomento del Trabajo Nacional —industrial, hermano del pintor y escritor Santiago—; el doctor Bartomeu Robert, presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País; el arquitecto Lluís Domènech i Montaner, expresidente del Ateneo Barcelonés, y el propietario Sebastià Torres, presidente de la Liga de Defensa Industrial y Comercial. Todos salieron elegidos. Los acompañaron al Congreso de los Diputados un par de republicanos, Francisco Pi y Margall y Alejandro Lerroux, y el liberal Pedro Gerardo Maristany, futuro conde de Lavern. Las puertas a un sistema de partidos específicamente catalán, aunque fuera de manera parcial, habían sido abiertas.